

## PRÓLOGO ELÍPTICO DE FILOLOGÍA (PERDÓN POR LA TRISTEZA)

El mercado está contra la filología, porque es un rollo. En realidad, está contra todo lo que huele a caviar arsénico. El mercado —que es como decir el sistema, con eco siniestro de fondo— no puede soportar el retrogusto de sopa de letras que se queda en el dedo gordo de la mente al pasar una página, incluso si es digital, y prefiere fomentar lo práctico y lo útil. O sea: que te sepas hacer unos noodles en tres minutos con un cubilete de plástico y agua hervida. A estas alturas, cualquiera se ha dado cuenta de esta lógica capitalista —más eco de fondo—, pero se hace especialmente evidente en una tarde parda y fría de elíptica en el gimnasio. Se trata de producir, no de perder el tiempo en esa cosa rancia y pergaminosa que es una novela, ni en filosofías, ni en teatros, ni en historias. Si acaso, se permite destensar el estrés contracturado de la espalda consumiendo —eso sí— ejercicio físico en un espacio cerrado y lleno. La gente suda. Monotonía de condensación en los cristales. Con timbre sonoro y seco, truena un podcast en los auriculares... ¡A la mierda!

No hay que negar que la filología es o ha sido en ocasiones un señor aburrido y gris, como un ladrón de tiempo momo en

la historia de la literatura. Y que hace falta levantarse de cuando en cuando de la poltrona académica para reducir la grasa anquilosada en el mecanismo de la investigación: un poco de pilates metodológico y una dieta variada, con una pizca de humanidades digitales y cuarto y mitad de poscolonialidad. Ahora bien, tampoco hay que llegar a obsesionarse con cultivar un cuerpo heteroabdominado a base de batidos proteicos. Basta con encontrar una fórmula equilibrada. Pero, claro, como esto del punto medio solo sabría medirlo un Aristóteles viejo y extinguido, tal vez lo mejor sea salir corriendo con desenfreno, llegar a casa —es muy ameno—, coger un libro con entusiasmo y ponerte música hasta el orgasmo.

Pringando de esta forma la poesía de música, y viceversa, en 2016 se montó la mundial —nunca mejor dicho— cuando la Academia sueca decidió darle a Bob Dylan el Premio Nobel de Literatura. Pero es que la poesía ha sido música desde sus orígenes. Y no hay nada más simpático que la música para desenterrar la literatura de su arqueología dinosauria. Sin demasiadas complicaciones: la música como herramienta para acercar la poesía a más gente.

Si se sigue esta senda de los pocos sabios que en el mundo han sido de la filología renovada por esta y otras músicas en lengua española, se oye la voz celestial y cascada por el ducados —o el paternina— de Joaquín Sabina. Poco después de lo de Dylan, la editorial Visor publicó *Joaquín Sabina o fusilar al rey de los poetas* (2018), en el que se reivindicaron las relaciones estrechas entre música y poesía a través de su obra, aspirando al rigor académico —o sabinista— y, a la vez, apelando al interés del público entusiasta —o sabinero—. Ese libro surgió de un estupendo curso de verano en 2017 organizado por el Colectivo Peor para el Sol y la Fundación Huerta de San Antonio en el centro asociado de la UNED en Úbeda, que es la ciudad natal del cantante. Varias personas de entonces pasamos en 2023 por Tirso de Molina, Sol,

Gran Vía, Tribunal, para impartir otro curso de verano en la sede de la UNED en Lavapiés, al lado de la casa de Sabina en Madrid. De ahí sale este nuevo libro sabiniano, en el que repiten algunos nombres del anterior y aparecen invitadas otras plumas, entre páginas de espuma. Son, esta vez, siete capítulos, como siete versos sueltos en filología, para componerle al maestro una canción.

Hay al menos dos aspectos que son constantes a lo largo de este libro: que Sabina es un personaje de sí mismo —o el gran tema de Joaquín Martínez, como ya lo había explicado Javier Menéndez Flores en 2018— y que está traspasado por una marcada nota de humor. En el primer capítulo, se analiza en detalle este componente humorístico a lo largo de su carrera y se argumenta que es esencial para la construcción de su personaje. Luego, María Esteban ilustra el humor en el pregón de los Carnavales de Cádiz de 2019, con atención al recurso de la décima espinela, mientras que Víctor Simón expone la tensa y a menudo satírica relación de Sabina con el rap. Para profundizar en la dimensión ficcional del personaje, María Julia Ruiz vincula la obsesión de Sabina con el tiempo a través de las imágenes de Peter Pan, Dorian Gray y Drácula. No menos interesante resulta ver cómo la construcción autorial de sí mismo le sirve a Sabina para desmontar lúdicamente la noción de hispanidad, según estudia Rocío Ortuño. Y, para terminar, los dos últimos capítulos prestan atención a otros aspectos concretos de su obra: en lo musical, Margarita García Candeira aborda la huella de Bob Dylan, y, desde la teoría literaria, Rocío Badía analiza los rasgos entre líricos y narrativos de sus canciones.

Hecha esta presentación, valga añadir una precisión obligada, que funciona como explicación irónica del título del libro. Los capítulos son el resultado de siete nombres que se la pasan bien escribiendo sabinadas, pero no son pocas las horas solitarias y sufridas de teclado en el ordenador, ni hay manera —humana o poshumana— de desprenderse del peso triste de la burocracia.

Quiere decirse que estos *siete versos tristes para una canción* son el resultado del trabajo realizado al amparo del Proyecto de Investigación +PoeMAS, «MÁS POEsía para MÁS gente. La poesía en la música popular contemporánea» (PID2021-125022NB-I00), financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades y desarrollado en la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED) entre septiembre de 2022 y agosto de 2025.

Así que perdón por la tristeza filológico/administrativa. Y que el maquillaje no apague tu risa.

Guillermo Laín Corona